

EL FUSIL

Siglo II.—Año XIII.—Disparo 641.

SEMANARIO RADICAL

ÓRGANO OFICIAL DEL SENTIDO COMUN

OFICINA:
Calle de los Caños, núm. 4, 2.ª planta

PRECIOS:

Escolinas (un año)..... Tres pes.
Estranjero (dos años)..... Dos »

Número suelto corriente..... 5 cént.
» extraordinario..... 10 »
» tirado..... 20 »

Para los paquetes á 2 céntimos.
Extraordinario á 6 céntimos
(sólo á ejemplares en adelante.)

PAQUETES ABELANTADO
Estranjero del Giro ó de la Franca, como muestra
á letra de fidei sobre.
en el importe suelto

Toda la correspondencia al administrador
D. José Arruñán

Madrid 17 de Diciembre de 1910.

YO TIRO SIN COMPANIÓN,—YO NO ADMITO SUBVENCIÓN—SI ME CASO NI ME VENDO,—DE RETÓRICAS NO ENTiendo—Y AL LADRÓN LLAMO LADRÓN

LA RECOGIDA DE "CIERTOS" MENDIGOS

MINISTERIO
INSTRUCCION PÚBLICA



EL CHICO.—Sí, guardia; á éstos hay que llevarlos á este Asilo; aquí dan comisiones para el extranjero y escatiman el sueldo á los maestros.

¡ESPAÑOLES!

¡¡Abrid el ojo!!

Como de costumbre, publicará EL FUSIL, el año próximo, un morrocotudo y despampanante ALMANAQUE con abundante metralla en prosa y verso, á pluma y á lápiz, que nada tendrá que envidiar á los de los años anteriores.

Este ALMANAQUE se regalará á todos los suscriptores que tenga pagado el año adelantado, ó por lo menos, siendo ya antiguos suscriptores, hasta fin de Junio de 1911, y á todos los que se suscriban de nuevo; pagando, por supuesto, el año adelantado de suscripción.

Para evitar dudas y reclamaciones, conviene hacer constar que la suscripción que da derecho al regalo del ALMANAQUE es la que se sirve directamente por esta administración, pero no la que en cualquier forma sirvan los correspondientes del paquete que les enviamos. ¿Está claro?, que diría Maura.

Para calmar impacencias, advertimos que el ALMANAQUE no se publica hasta fines de Febrero, con objeto de esperar á que hayan renovado la mayor parte de suscriptores.

Los que se suscriban ahora, además del ALMANAQUE, recibirán GRATIS los números que se han de publicar hasta

fin de año, empezándoseles á contar la suscripción desde 1.º de Enero.

¡Con que, españoles, á suscribirse al periódico mejor, más bonito y más barato del mundo y sus islas adyacentes! ¡Fusileros, á renovar como un sólo hombre!

¡¡EL ALMANAQUE de EL FUSIL para 1911 os espera!!

¡VIANDANTES, A DEFENDERSE!

Desde hace algunos días ha adquirido carácter agudo lo que constituye desde hace años una enfermedad crónica en esta villa y corte de los milagros, de los mendigos profesionales, de las calles intransitables, del agua convertida en barro, del tifus exantemático y de las siete plagas de Egipto.

Desde hace unos días, apenas pasa uno sin que la crónica sangrienta de los periódicos nos dé noticia de algún atropello realizado por los automóviles, que discurren por las calles de la villa como lo harían por las carreteras.

Hay quien propone muy en serio que todos los ciudadanos que no disfrutan de un Regnault ó de un Panhard (ó Panamá), como dice la señora del opulento López Rodríguez, ex-tendero de bacalao y hoy senador vitalicio, salgan á la calle armados de una pistola browning y en

cuanto vean pasar un automóvil que lleve más velocidad que la que permite la prudencia, disparen un tiro al *chauffeur*, otro al que va dentro, y los restantes á los sitios más indicados para inutilizar el vehículo.

Esta medida radical contra automóviles y automovilistas, por ahora, tal vez parezca un poco exagerada; pero, si las cosas siguen como hasta el presente, no habrá más remedio que adoptarla como medio adecuado de legítima defensa y como receta profiláctica dictada por el más respetable de los doctores: el instinto de conservación.

Se puede admitir, si no se abusa mucho, que los tranvías atropellen de vez en cuando á alguien, porque los tranvías constituyen un servicio público de primera necesidad en las grandes capitales, y ya es sabido que los grandes adelantos que ofrecen tantísimas ventajas, no pueden ir sin sus inconvenientes. Los tranvías eléctricos producen cada día enormes beneficios á miles, á cientos de miles de ciudadanos de las clases más necesitadas; y á cambio de este beneficio diario, puede admitirse sin gran indignación y sin violentas protestas que de cuando en cuando cometan algún estropicio.

Pero á los automóviles, que, hoy por hoy, no son más que un lujo de los ricos, de unas cuantas docenas de personas, no

se les puede consentir que atropellen á nadie, porque casi puede afirmarse en redondo que todos los que van en automóvil corriendo con velocidades locas por esas calles y matando gente, no tienen nada que hacer, ni les corre prisa llegar á ninguna parte como no sea á Lardhy ó al cine sicilpítico.

¿Es que no hay autoridades que velen por la vida de los ciudadanos? ¿Es que los guardias y los inspectores, que andan tan vivos para denunciar al que tiende en el balcón una prenda de ropa ó coloca en la puerta una plaquita anunciadora, no ven pasar esas máquinas infernales por la calle del Arenal y otras igualmente concurridas, á una velocidad de 80 kilómetros por hora?

Si que hay autoridades y si que los ven los guardias; pero las primeras se cuidan del interés de los ciudadanos como yo de la política de Corea, y los segundos no quieren meterse con los automóviles porque saben que dentro va siempre un señorón de esos gordos que tienen mucha influencia y podría hacerle perder el poco pan que gana con su empleo en el municipio.

Las autoridades no se cuidan en el ramo de automóviles, más que de sacar el mayor número de perras posible por licencias, arbitrios, etc., etc., y, cumplido este cuidado, no se meten en si corren

más ó menos, en si despanzurran ó no á los transeuntes.

Alguna vez, alarmadas por tanta manza y por los clamores de la opinión enfurecida, se formalizan y dictan disposiciones que, por lo estúpidas, no pueden cumplirse. Hace algún tiempo (no sé si la disposición está vigente todavía), dispuso el alcalde que los automóviles no pudieran llevar por las calles de la población más velocidad que la de CINCO KILOMETROS POR HORA. ¡La misma ó poca más que la que llevan las carretas de bueyes! ¿Qué idea tendría de las velocidades la autoridad que tal dispuso?

No, señor alcalde; ni los automóviles ni ningún otro vehículo pueden llevar por las calles una velocidad de 80, de 100 kilómetros por hora, pero tampoco pueden ir á cinco kilómetros por hora. Entre 100 y 5, hay una velocidad de 15, de 20 ó 25 kilómetros que permitiría á los transeuntes evitar los atropellos y á los *chauffeurs* parar en seco ó virar convenientemente.

Y en resumen; es preciso estudiar bien este asunto; es necesario que se exija á los *chauffeurs* más aptitud para guiar que carnets para sacarles pesetas; es indispensable que se castigue con un rigor ejemplar á los que atropellan porque el temor del presidio es el principio de la prudencia.

Y en el caso de que las autoridades se desentiendan, como hasta aquí, de velar por la vida de los ciudadanos, será de rigor el empleo de la defensa de que antes he hablado: de la pistola browning.

La cual no deberá dispararse cuando un automóvil se nos eche encima, sino cuando veamos pasar, desde el balcón, desde el portal ó desde la acera algún bicho de esos, á fin de que no atropelle á otros...



EL HAMBRE

Señores capitalistas de los que hay en todas partes, los que cobráis del Estado sueldos, momios y otros gajes; tenedores de la Deuda que soléis vivir en grande sin quebraros la cabeza pensando en cuestiones graves; los que tiráis el dinero que sin trabajo ganásteis en *juergas* estrepitosas y en recreos de otras clases; los que en las lujosas timbas de las que hay á centenares, á la sota ó al caballo apuntáis miles de reales, y los que coméis, en suma, pescado, jamón y carne, y dormís como lirones en un lecho confortable sin que os moleste la lluvia que desde las nubes cae y sin que os moleste el frío de las noches invernales, recordad que en estos días pululan por nuestras calles muchos seres que no comen y que los consume el hambre; recordad que amontonados en tabucos miserables, donde no entran, por desgracia, ni la luz, ni el pan, ni el aire, hay niños desventurados que al viento lanzan sus ayes sin que nadie los escuche, sin que los socorra nadie;

recordad que la miseria todo lo arrolla y lo invade, y que toca remediarla á los que viven en grande. Bien que gocéis de la vida y derrochéis capitales en *juergas* estrepitosas y en recreos de otras clases; pero tened muy en cuenta que abundan en nuestras calles mucha gente que no come y á la que consume el hambre.

LA SUSCRIPCION

Con motivo de la suscripción abierta por *El Imparcial* se ha iniciado un desbordamiento de la filantropía madrileña.

En las columnas del diario del *trust*, se lee una larga lista de apellidos más ó menos conocidos de señores y familias á quienes place la práctica del bien á son de bombo y platillos. En dos días se habrán inscripto unas quinientas personas que entre todas escasamente han triplicado las cinco mil pesetas con que encabezó la suscripción el colega.

Como que el monarca dió mil pesetas y los infantes cuatrocientas, sería descortés pretender superarles, la buena sociedad cortesana respeta mucho estas etiquetas y así resulta, que por módica suma, un prócer queda bien; hay millonario que salió airoso del compromiso con diez duros.

La suscripción, sin embargo, aumenta, es el suyo un avance lento que se nutre con la vanidad heroica de los Pérez y de los Garcías, de los Cachupines y de los Retortillos que sacrifican el postre de un mes ó el principio de toda una semana por figurar en la primera plana de *El Imparcial*, en calidad de personas espléndidas, que se preocupan de que los pobres cuenten con los medios necesarios para pasar las Navidades con relativo desahogo.

Muchos de los donantes necesitarían una suscripción para ellos, y acaso pasen las Navidades peor que los favorecidos por la iniciativa de *El Imparcial*, pero la farsa mundana impone estos sacrificios. ¿Qué dirían los de Pérez si brillase en la lista por su ausencia el nombre de los Garcías? ¿Por qué ha de ser D. Rogelio Cachupín, jefe de negociado de Fomento con 20 años de servicio, menos que don Anselmo de Retortillo, bizarro comandante de la reserva que ha dado cinco duros en nombre propio, en el de su esposa doña Cleoté y en el de sus cuatro hijas Tata, Luisa, Juanita y Manuelita?

De las rivalidades nace el estímulo, padre putativo de la papeleta de empeño y de los cinco duros depositados en la administración de *El Imparcial*, á cambio de unas letras menudas en sitio visible de la primera plana que pregonan que Pérez, García, Retortillo y Cachupín tienen el alma más blanda que un cacho de manteca y son personas pudientes que no consienten que en Madrid haya ciudadanos que el día de Nochebuena dejen de comer pavo y prescindan de tomarse unos quincitos en la taberna, conmemorando la fiesta gloriosa que celebra la cristianidad.

El día 23, *El Imparcial* repartirá los donativos. El 24 nos enteraremos de las necesidades que se hayan remediado, los redactores del diario *trusista* pulsarán las cuerdas más sensibles de su inspirada prosa para conmovernos. La noche anterior, al ver el enorme bullicio que se oía en las calles, al escuchar el alboroto de las zambombas y el concierto armónico de las improvisadas estudiantinas, al contemplar el buen pueblo cómo inva-

de los teatros, los cafés y las tabernas nos convenceremos de que en Madrid todo sonrío, de que vivimos en una jauja ideal cuyas últimas miserias curó la iniciativa del *trust*.

Es posible que los Pérez, los García, los Retortillos y los Cachupín pasen lo suyo, pero si lo pasan será en el interior de sus casas.

Después no volveremos á caer en la cuenta de que en Madrid hay pobres, hasta que se desborde otra vez el Manzanares y la empresa de *El Imparcial* tenga cinco mil pesetas más para gastar en un nuevo alarde de filantropía.

"ESPIRIDIÓN", A DIVINO

—Pero ¿es cierto lo que me dices, *Espiridión*?

—Lo que oyes, querido *Melones*.

—¿Tú, adivino?

—Una especie de madame Thebes, con impermeable y chanclos de goma, y con la ventaja sobre aquella solemnísima embustera, de que yo, no sólo vaticino el porvenir, sino que leo el pensamiento de todo bicho viviente.

—¡Eres un prodigio!

—¡Y que lo digas!

—Debias irte un día al Ayuntamiento, para saber lo que piensan los concejales.

—Ya se me ha ocurrido; pero yo pienso dar á mis facultades de adivinador empleo mucho más elevado y decoroso. Lo que piensan los concejales me lo sé de memoria: sacar del cargo cuanto sea posible y asegurar el *piri* para unos cuantos años, y nada más.

—¡Qué mal pensado eres, *Espiridión*!

—Ya sabes lo que dice el refrán: *piensa mal y acertarás*.

—Pero vamos á ver: ¿en quién has experimentado tal ciencia?

—En Canalejas.

—¡Magnífica idea! ¿Y qué, has sabido muchas cosas?

—Muchas, y tan estupendas, que te dejarán atónito cuando las sepas. Por de pronto, te diré que Canalejas es un hombre digno de compasión.

—Tú exageras.

—Te lo demostraré. Canalejas ha ido mucho más allá de donde pensaba: se le ha corrido la romana democrática, y hoy está verdaderamente arrepentido.

—¿Qué me cuentas?

—Lo que oyes. Eso de la ley del candado le trae loco. Pensó que el horno estaba para bollos, y se ha equivocado de medio á medio. Al ver que su proyecto salía del Senado, creyó que todo el monte era orégano, y que en la Cámara popular sucedería lo mismo, y en esto ha consistido su equivocación. Sería capaz de sacrificar la amistad de Texifonte Gallego, esa especie de agricultor procedente de una quiebra, por desandar lo andado.

—¿Tan feo está eso?

—Más que el porvenir de un segundo teniente de la reserva.

—Y del servicio militar obligatorio, ¿qué piensa el ilustre demócrata?

—Por ese lado tampoco le salen las cuentas muy á su gusto. En este importante asunto, Canalejas, por buscarse las palmas de la galería, como cualquier galán de melodrama, ha comenzado el edificio por el tejado, y ¡claro es! todo se le ha venido abajo. Porque eso de querer establecer el servicio militar obligatorio aquí, donde no hay cuarteles, que es lo primero que se necesita para dar alojamiento á los soldados; donde no hay suficiente armamento, que es lo indispensable, y donde no hay el equipo para todos los reclutas, es un desatino que no se cocería ni en el caletre de Fernández Latorre. Y por si esto fuera poco, Primo de Rivera, esa especie de Molke de vía estrecha, ha lanzado á la publicidad, respecto del asunto, unas opiniones, que aunque parezca mentira, tienen unas miasmas de sentido común.

—¿De veras?

—Lo que te digo. El héroe de Biacnabató se muestra decidido partidario de la instrucción militar obligatoria, en tanto que no estemos organizados para realizar los sueños de Canalejas, y eso ya es otra cosa.

—¿Y qué piensa Canalejas?

—Pues piensa que el asunto le va á dar

muchos disgustos, aunque otra cosa diga en público y aun en privado.

—Bueno; ¿y qué más piensa el joven presidente?

—Cosas horribles, sobre todo de los ministros.

—¡Hola!

—De Burell está hasta el pelo, porque el ilustre periodista le ha dado un chasco morrocotudo. Burell creyó que con repartir unas cuantas credenciales de temporeros entre sus paniaguados; con dar un momio á Cristóbal de Castro, para que coma, porque con lo que le producen sus versos se moriría de hambre, y con apelar al socorrido procedimiento de decir que va á aumentar el sueldo á los maestros de escuela, el mundo en él creyó y se equivocó. Además, Canalejas no ignora que Burell sabe de pedagogía lo que García Prieto de derecho internacional. Así es que está buscando una ocasión oportuna para quitárselo de encima.

—Y de Merino, ¿qué piensa Canalejas?

—¡No me hables, *Melones*, porque me horrorizo de lo que piensa del boticario de León, hoy convertido en ministro de la corona, por artes de la casualidad. Canalejas ya sabía lo que podía dar de sí Merino; pero no lo creía tan negado. Así es que el presidente está deseando que se presente por ahí una huelga de importancia para enviarle en clase de amigable componedor, á ver si se aburre y torna á la rebotica de sus mayores de donde no debía haber salido. Por muy grande que haya sido el camelo que le ha dado Burell, mucho mayor ha sido el que le ha dado el primer yerno de la nación.

—¡Me dejas atónito con esas intimidaciones!

—Cobián le tiene frito. Ese fregado del azúcar en que se ha metido el tuturo marqués ó duque de la Isla de Cortegada, le quita el sueño, y hasta las ganas de leer las crónicas de arte que publica su cuñado Saint-Aubin en el *Heraldo*. Claro es que saldrá de este mal paso, buscando una fórmula, que será la de transigir con lo que quieran los conservadores; pero luego ¡Dios nos asista! porque vendrá el caos.

—¿Y de Aznar?

—A ese le ha dejado por imposible. Sabe que es hombre al agua, y apenas se ocupa de él para nada. También este ha sido otro camelo. Claro es que Canalejas no se figuraba que el hombre de Totana fuese un Gran Capitán; pero no le creía tan inútil en el *banco azul*.

—¿Y qué piensa de la crisis?

—¡Ah! La crisis es su verdadera pre-ocupación. No tiene más remedio que hacerla y la teme como á un discurso de Mella. Porque tú no sabes la lista de pretendientes que tiene. Los moretistas comienzan á hacerle carantoñas; los demócratas ministrables no le dejan vivir. Uno de los muchos Silvelas que van por el mundo, ya se ha hecho el uniforme; Armiñán se cree con méritos y servicios bastantes para aspirar á una cartera, aunque sea de lance; Texifonte Gallego le ha prometido pronunciar bien las erres si le hace ministro; Saint-Aubin recuerda su parentesco, para que le nombre sucesor de Burell; Luque recuerda que ha sido republicano, ante la posibilidad de que se pueda quedar sin tajada en la próxima crisis; Francos quiere cobrar sus relevantes servicios como alcalde con una cartera; Fernández Latorre es impenable como los *solos* de cinco *estuches*; Gasset se cree el elegido por la providencia para resolver el problema hidráulico... y en fin, sería el cuento de nunca acabar. Compádezcó á Canalejas, y me aterrará el verlo por dentro.

—Bien, *Espiridión*; te felicito por la cualidad de adivino que posees, y que te ha de proporcionar grandes éxitos.

—¡Dios te oiga, *Melones*!

CALENDARIO

45 SEMANA CANALEJISTA

Sábado.

EL AZÚCAR

Está visto que el joven presidente del Consejo no tiene hora tranquila.

Iba tan á gusto en el machito presidencial, después de haber casi resuelto unos cuantos graves problemas, cuando, de pronto, y cuando los ministros se disponían á comerse el pavo con toda tranquilidad, saltó y vino la complicación del azúcar.

